

ni una sola vez. « Yo no os digo esto por alardear de autoridad — escribía concluyendo la carta última acerca de este desgraciado asunto. — ¡Oh! no, queridas Hermanas mías, porque no la tengo ni la deseo, por la gracia de Dios, sino la que la santísima caridad me da como á vuestra Hermana mayor, que os ama, y os desea todos los bienes, y la perfección que deseo á mi propio corazón. »

Se ve por estas cartas, y por el modo de manejar estos negocios, lo que era la Madre de Chantal; muy fuerte y muy enérgica: este fué el lado más brillante de su carácter; pero moderada en su fortaleza y templando su energía con la humildad y la prudencia; pronta á morir y á dejarse crucificar, como decía, antes que tolerar un abuso ó la violación de una sola regla; pronta también á dar toda su sangre, todo su corazón, por iluminar, mover, convertir y atraer á todas las hijas de la Visitación que pudieran extraviarse. No tuvo, como Santo Domingo, ó San Francisco de Asís, la gloria de crear su Orden, ni como Santa Teresa, el dolor de reformarla; pero tuvo la humilde felicidad de cooperar á su fundación, y acabar de organizarla después de la muerte de San Francisco de Sales, de propagarla en todas las partes del mundo, de defenderla contra los mil peligros que asaltan á todas las obras nacientes y de mantener en ella hasta el fin de su vida el fervor, la unión, la fecundidad, y en este concepto merece seguramente ser contada entre los más grandes personajes que la Iglesia venera con el nombre de fundadores de las Ordenes religiosas.



CAPÍTULO XXIII

La Orden de la Visitación se difunde por todas partes.—
Viaje de la Santa á Lorena.—Dios manifiesta más y más
la santidad de la venerable Fundadora.

1624-1626

ERA imposible que una Orden dirigida como la de la Visitación, en la que florecían tantas virtudes, en donde los abusos eran reprimidos tan enérgicamente, y que después de haber tenido por fundador á un Obispo de tan santa y amable memoria, tenía ahora por guía una mujer de virtud tan admirable, no se extendiese con gran rapidez. Así es que las fundaciones se propagaban por todas partes.

Véase ahora el orden que en ellas se seguía. Un poco antes de la partida, las Hermanas elegidas para ir á fundar una casa se ponían de rodillas en medio del Capítulo y juraban solemnemente vivir y morir en la observancia de las reglas, constituciones y costumbres del Instituto y hacerlas guardar inviolablemente. Se escribía esta protestación en el libro del Capítulo y todas la firmaban; después se daban las Hermanas el ósculo de despedida. Sin embargo, no se emprendía la marcha antes de haber obtenido el permiso del Prelado y de los magistrados del lugar adonde se iba á hacer la fundación (1). Si las Hermanas iban á caballo, como sucedía

(1) *Costumbres*, art. 2.º de las fundaciones, pág. 6.

ordinariamente, llevaban una mantilla ó un velito de estameña, que echaban un poco sobre los ojos y un pañuelo debajo del rostro (1). Si venían á buscarlas en carruaje, las personas que las acompañaban no debían ir en el mismo coche en que iban ellas, para que tuviesen libertad de hacer sus ejercicios como en el convento. Por la misma razón, cuando iban embarcadas hacían poner una pequeña separación en los camarotes de los buques. A su llegada se quitaban el velo que llevaban sobre sus hombros, y dirigiéndose á la iglesia cantaban allí el *Laudate Dominum*, en seguida iban en procesión á la casa que se les había preparado, después de lo cual «enviaban á ofrecer sus respetos y obediencia al ilustrísimo Sr. Obispo de la diócesis (2).»

La fundación de Marsella, la primera que se hizo después de la muerte de San Francisco de Sales, presentó muy pocas dificultades (11 de Mayo de 1623). Había sido preparada por el Santo Obispo, y él mismo había designado las Hermanas que habían de hacerla. La Provenza, que iba muy pronto á llenarse de monasterios de la Visitación, acogió á las primeras Hijas de San Francisco de Sales con una alegría mezclada de tristeza «como á reliquias vivas de uno de los más Santos Obispos que Dios había dado á su Iglesia (3).»

La Superiora era la Hermana Francisca Margarita Favrot. Cuando se le participó la elección que de ella se había hecho, corrió á echarse á los pies de la Superiora, toda bañada en lágrimas, rogándole no hiciese á la casa de Marsella el ultraje de enviarle una persona tan incapaz (4). Estos actos llenaban de alegría á la Madre

(1) *Pequeñas costumbres de este monasterio de la Visitación de Santa María de Annecy*, pág. 56.

(2) *Costumbrero*, id., pág. 6.

(3) Archivos de Annecy. Véase la *Fundación inédita de Marsella*.

(4) *Vidas de las venerables viudas*. La Madre Francisca Margarita Favrot, cap. III.

de Chantal. «¡Si supieseis—escribía después de esto— qué gran sierva de Dios es la Superiora que enviamos! Pero para obra semejante no podía ser otra cosa (1).»

La fundación de Riom, en Auvernia, que se hizo pocos meses después (8 de Diciembre de 1623), había sido preparada también por San Francisco de Sales; pero no se verificó por entonces, á causa de los grandes obstáculos que se suscitaron. Púsola en planta la Madre de Brechard poco después de la muerte del Santo, siendo preciso con este motivo referir algunos detalles para saber, por una parte, lo que era la Madre de Brechard, y por otra, lo que costaba algunas veces la fundación de un monasterio (2).

El obstáculo no era otro que la mala voluntad de los magistrados municipales, que con pretexto de no gravar con nuevas cargas á la ciudad, que era pobre, rehusaban dar ninguna autorización. En vano la señora de Chazerón, hija del Mariscal de Saint Geran, gobernador del Borbonés, y dama de honor de la Reina María de Médicis, daba una cantidad de dinero para la compra de la casa, y una pensión anual para el mantenimiento de las Hermanas. En vano el Obispo de Clermont, de quien dependía Riom, y el Sr. Demeurat, lugarteniente de la ciudad, ofrecían su concurso; nada podía vencer la oposición de los individuos del municipio. Fué menester que la Reina María de Médicis escribiese diciendo que le agradaría mucho se hiciera la fundación; pero viéndose entonces los magistrados obligados á conceder el permiso, impusieron las condiciones más onerosas, entre otras la de dar una fuerte fianza, y que la ciudad y los habitantes no hicieran gasto alguno con este motivo, esperando disgustar de este modo á las Hermanas para que abandonasen la

(1) *Carta á la Madre de Brechard*, en Riom, Junio, 1623.

(2) *Fundación inédita del monasterio décimoquinto de la Visitación en la ciudad de Riom*, pág. 177.

empresa. Pero no conocían á la Madre de Brechard. Noticiosa de que había sido concedida la autorización, aunque de mala gana, es verdad, y con muy duras condiciones, pero, en fin, concedida, partió al instante, llegó á Riom, envió á saludar á las autoridades, y principió á visitar la ciudad en busca de una casa á propósito. Estas, que no habían dado su consentimiento sino por fórmula, porque no se atrevían á negárselo á una Reina, respondieron fría y agriamente á la Madre de Brechard, notificándola depositase la fianza exigida antes de comprar la casa. La Madre de Brechard había tomado sus medidas, y recorriendo la ciudad, encontró muchas señoras que con gran gusto respondían por las Hijas de San Francisco de Sales. Reunida la fianza, compró una casa cerca del edificio del consistorio, y cuando principiaba á levantar las paredes de clausura, se presentó un alguacil á notificarla que suspendiese la obra, con el pretexto de que aquellas paredes quitaban la luz á las salas del palacio. La Madre de Brechard no titubea; vende al instante esta casa, y compra otra en un lugar retirado, á fin de quitar á los magistrados municipales hasta la posibilidad de un pleito. Creía haberlo conseguido, cuando de repente estalló una tempestad más furiosa que las anteriores, obligándola á salir de la ciudad. Entre las señoras que habían respondido por las religiosas, había una viuda, la Condesa de Dallet, á quien ya conocen nuestros lectores, madre de cuatro hijos menores. Los enemigos de las Hermanas se aprovecharon de esta circunstancia. Por consejo de un abogado cogen á los cuatro niños, los pasean por la ciudad y los presentan al Ayuntamiento, suplicando á los concejales sean padres de estos huérfanos, abandonados por una madre desnaturalizada, por servir á unas extranjeras. Ni una palabra de verdad había en esto, pero el pueblo se alborotó, sin saber por qué, como sucede de ordinario, y la Madre de Brechard se vió

precisada á salir de Riom y retirarse á Montferrand.

Se creyó que sería preciso desistir de la fundación, y este era el parecer de la Madre de Chantal. «Puesto que el Señor permite que los magistrados de Riom se opongan tanto y tan tenazmente á vuestro establecimiento en la ciudad, opino que haríais muy bien en retiraros dulce y humildemente.» Y aconsejaba á la Madre de Brechard llevase á las Hermanas á Lyon, desde donde sería fácil enviarlas á algunas de las ciudades que largo tiempo hacía solicitaban fundaciones (1).

Pero antes de tomar este partido, que repugnaba á su celo y que no exigía la obediencia, la Madre de Brechard quiso hacer el último esfuerzo. Volvió á Riom, entrando ocultamente al anochecer, y contra la opinión de los amigos de las religiosas, que creían se exponía á sufrir alguna afrenta. En efecto, apenas se supo que había vuelto, hubo un grande alboroto en la ciudad. En vano protestó la Madre de Brechard que sus intenciones eran pacíficas, que nunca se establecería sin el consentimiento de los magistrados, y que si había venido, era solamente porque creía que el asunto se trataría mejor personalmente que no de lejos. Esta respuesta no satisfizo á nadie, y se convocó apresuradamente al Ayuntamiento para que resolviera acerca del peligro. Se veía—dicen las antiguas *Memorias*—correr á las gentes por todas partes á la Casa Consistorial, tan dispuestas á arruinar el monasterio, como si de ello dependiera toda la felicidad de la Auvernia. No faltó tampoco quien gritase por las calles, como los judíos en otro tiempo contra Nuestro Señor: «Echad á esas religiosas, que se vayan de aquí.» Por esto decían algunas buenas almas «que las religiosas de la Visitación podían llamarse las esposas de Jesucristo crucificado.» La Junta acordó violentamente que se retirasen las religiosas de grado

(1) Carta del 17 de Septiembre de 1623.

ó por fuerza; «acuerdo que fué notificado á la Superiora por un regidor y un alguacil con palabras bastante agrias.» Aquélla contestó con humildad, pero con firmeza, que para hacerla partir inmediatamente bastaba una palabra de obediencia, y que en seguida iba á escribir á sus Superiores.

Estos acontecimientos tenían exaltado al pueblo. Vinieron á decir á la Madre de Brechard que se temía cometiesen alguna violencia aquella noche. El Sr. de la Lande, anciano venerable de sesenta años, lleno de abnegación, y que amaba mucho á las Hermanas, fué á buscar una alabarda, y declaró que pasaría la noche á la puerta del convento, donde nadie entraría sin pasar sobre su cuerpo, cosa que divirtió un poco á la Madre de Brechard y á sus Hijas. Y en efecto, algunos amigos del monasterio pasaron la noche en los locutorios, aunque inútilmente, porque nadie se movió. Al otro día volvieron los regidores, é intimaron á las religiosas la orden de partir inmediatamente, concediéndoles solamente el permiso de estar algunos días más en la ciudad, pero fuera del convento, para que pudieran arreglar sus negocios. Otra persona que no hubiera sido la Madre de Brechard se habría desanimado, pero como trabajaba por Dios, nada era capaz de desalentarla. Además, casi todos los correos recibía carta de la Santa Fundadora, que deseaba consolarla, fortalecerla y dirigirla. «Mi pobre y muy querida Hermana: ¡quién no se llenará de dolor sabiendo los asaltos y combates que sostenéis! Es imposible que tarde ó temprano no sientan esos buenos magistrados grandes remordimientos de conciencia por trataros tan indignamente. Dios les perdone por su bondad, y á vos os dé gracia y valor para terminar ese desgraciado asunto con la dulzura y humildad que nuestro bienaventurado Padre hubiera practicado en semejante ocasión. Os ruego, pobre y muy querida Hermana mía, que le ten-

gáis á la vista en estas circunstancias... El no quería violentar á nadie, ni entrar en ninguna ciudad sino á gusto del pueblo, por lo cual, mi muy querida Hija, creo sería muy oportuno os retiraseis poco á poco, como ya os lo escribí» (1).

La Santa volvía siempre á este tema. Hubiera deseado que todo concluyese con una humilde retirada. La Madre de Brechard estaba decidida á ello, y la señora de Dalet lo tenía ya todo preparado para que se volvieresen las Hermanas, cuando se vislumbró de repente un rayo de esperanza é hizo se dilatase la partida de las Hermanas.

Echadas éstas de su convento, se habían refugiado en una casa que les había ofrecido en su desgracia la señora de Montfand, madre de la Condesa de Dalet. Por casualidad, esta casa estaba contigua á la que habitaba el abogado que se había manifestado tan acérrimo enemigo de las Hermanas, y su despacho estaba situado de tal modo, que podía ver distintamente todo cuanto hacían las religiosas. El silencio que guardaban, su recogimiento, la recitación del Oficio en voz baja, porque no se atrevían á cantar temiendo las oyesen en la calle, y la regularidad de sus ejercicios impresionaron de tal modo á este abogado, que cambió su corazón y variaron sus ideas. Se hizo amigo de las Hermanas, y para reparar el mal que les había causado, trató de hacer que las devolvieran la autorización que las había quitado el Ayuntamiento. La reina María de Médicis, por su parte, escribió nuevas y muy urgentes cartas al Ilmo. Sr. Obispo de Clermont, al citado señor Demeurat, y á los señores concejales. Con esto se creyó que iba á quedar definitivamente arreglado el asunto de la fundación. Pero ¿qué puede lograrse tratando con

(1) Archivos de la Visitación de Annecy. Carta del 5 de Octubre de 1623.

gentes heridas en su amor propio? Todas estas cartas y todos estos pasos no tuvieron otro resultado que proporcionar nuevas humillaciones á la Madre de Brechard y á sus Hijas. La relación de todo esto hizo llorar á la santa Madre de Chantal. «¡Ay!—escribía entonces—¿es posible dejar de llorar sabiendo que mi pobre tan antigua y muy amada compañera sufre tantos trabajos, desprecios y contradicciones, y está tan abrumada por todas partes? ¡Oh querida Hija mía! creed que Dios quiere santificar con estas cruces vuestro corazón amado (1).»

Y después de haber escrito esta palabra de consuelo, marchó al instante á Riom (2), decidida á concluir este negocio ó á llevarse á sus religiosas. Llegó á dicha ciudad el 27 de Noviembre de 1623, y no se detuvo más que tres horas, continuando después su viaje á Montferrand; pero en tres horas concluyó el asunto que una Reina había intentado arreglar sin poderlo conseguir. Los regidores, visitados por la Santa, concedieron la autorización; sus palabras celestiales ganaron con su franqueza, sencillez y buena fe, lo que no habían logrado todos los pasos dados anteriormente. La ceremonia se dejó para el 8 de Diciembre, bien fuese para honrar el Misterio de la Inmaculada Concepción, uno de los que más veneraba la Santa, ó ya porque, teniendo ésta precisión de ir á Montferrand, no podía estar de vuelta en Riom hasta aquella fecha. Llegado este día, en la humilde casa de donde la Madre de Brechard había sido echada, delante de un altar, en el que resplandecían los brillantes de todas las señoritas de la ciudad, con gran contento de todo el mundo y del mismo Ayuntamiento, el Sr. Provisor leyó solemnemente el acta de fundación, se estableció la clausura y se dijo la Misa, después de

(1) *Vida de la Madre de Brechard*. Carta de Noviembre de 1623.

(2) *Fundación inédita de Riom*, pág. 175.

la cual entonó la Santa el *Tedéum*, que continuaron las Hermanas con grande alegría (1).

Lo que había hecho venir á Montferrand á la Madre de Chantal era un asunto de no menos difícil manejo, y más importante aún para bien del Instituto, que la fundación del monasterio de Riom. Poco después de la gracia que Nuestro Señor había concedido á la Condesa de Dalet, elevándola á un alto grado de oración, y haciéndola conocer la felicidad de la vida religiosa, le concedió otro favor aún más precioso. Una mañana, era el 2 de Julio, día de la Visitación, acababa de cumplir, y de repente se sintió penetrada de un profundo recogimiento, pareciéndole que su espíritu la dejaba y se iba á un país muy distante. De repente vió á un venerable Obispo trabajando como albañil en edificar una nueva casa, en la que colocaba todas las cosas con un orden admirable. Quiso entrar en ella, pero no podía dar con la puerta, y estando con la ansiedad que esto le causaba, creyó oír una voz que la decía: «Ora y espera, ya la encontrarás un día.» Algunos meses después vió por primera vez á San Francisco de Sales, y su sorpresa fué tal, que sin poderse contener exclamó en alta voz: «¡Ay, este es el Obispo de mi visión!» Desde entonces hizo voto de castidad, y prometió á Dios entrar en la Visitación en cuanto estuviera terminada la educación de sus cuatro hijos.

Este tiempo estaba lejos todavía, porque el mayor apenas andaba, y el último tenía un mes. Mientras tanto, entraba frecuentemente en el monasterio de Montferrand, que había fundado, y para indemnizarse del sentimiento de no poder tomar el hábito de la Visitación, se dedicó con el mayor ardor á imbuirse en el espíritu de sus reglas. Todo fué bien durante algún tiempo, pero á lo último empezaron las tempestades.

(1) *Fundación inédita de Riom*, pág. 177.

Un caballero de los más pudientes del reino, joven aún y viudo, tenía un hijo y una hija de la misma edad que el hijo y la hija mayor de la Condesa de Dalet, y atraído por la grande reputación de la joven Condesa, y con la esperanza de hacer á un tiempo tres enlaces, pidió su mano. La señora de Montfand, madre de la Condesa, acogió con mucho gusto la petición, y puso en juego todos los medios posibles para que su hija consintiese en ello. No pudiendo conseguirlo, reunió una junta de teólogos y religiosos de Órdenes diferentes, para que la convenciesen de que era un caso de conciencia el aceptar este matrimonio; y viendo que las razones de los religiosos no convencían á la señora de Dalet, hizo entrar en la junta á los cuatro hijos de ésta, á quienes se había enseñado á representar una pequeña comedia. Unos se arrojaron á su cuello, los otros se abrazaron á sus rodillas, rogándole se sacrificase á su felicidad. La señora de Dalet confesó después que en estos momentos sintió partírsele el corazón.

Algún tiempo después, habiendo ido la señora de Dalet con su madre y sus cuatro hijos á visitar al ilustrísimo Sr. Obispo de Clermont, su próximo pariente, y en el momento en que menos lo esperaba, vió á su madre y á sus hijos arrodillarse á los pies del Obispo, regarlos con sus lágrimas, y rogarle por los sentimientos de parentesco y por la ternura que debía inspirarle el porvenir de aquellos huerfanitos, prohibiera á su hija poner los pies en los monasterios de la Visitación, y la instara á que diese su consentimiento al matrimonio deseado. No logrando nada por estos medios, la señora de Montfand reunió un consejo de familia, en que no hubo más que una sola voz para instar á la señora de Dalet á que aceptase un enlace tan brillante, ó á que renunciase á que se la tuviera por parienta. La señora de Dalet, no sabiendo qué responder á tan urgentes instancias, y convencida de que ya era tiempo de poner

fin á unas escenas que la conmovían y la aniquilaban con su frecuente renovación, se puso de rodillas en medio de la junta y declaró que desde el día en que Dios la había llevado á su marido, el Sr. Conde de Dalet, había hecho voto de perpetua castidad, y le había renovado después más de cien veces. A estas palabras estalló la cólera más terrible; la señora de Montfand, fuera de sí, se arrojó sobre su hija, la llenó de injurias y de golpes, y aunque era en lo más crudo del invierno, la echó del castillo con sus cuatro hijos, y en cuanto estuvo fuera hizo levantar el puente levadizo y cerrar las puertas, cuya llave guardó. La joven Condesa de Dalet, arrojada así de su propia casa, se vió precisada á coger con su vestido al más pequeño de sus hijos, poner al segundo sobre sus hombros, y tomar de la mano á los otros dos, que eran muy pequeños aún. Un aldeano los albergó aquella noche. «Si, mi muy querida Madre—escribía en esta época á la Madre Favre;—es verdad que he tenido el honor de haber recibido golpes y azotes por causa de mi tan amada vocación; pero de todos estos ultrajes, ninguno ciertamente ha sido igual á la vergüenza de verme echada de mi propia casa á puñetazos y puntapiés haciendo lo mismo con mis pobrecitos hijos. Figúrese vuestra caridad una de esas pobres mujeres que llevan al cuello y en los brazos á sus hijos..., pues bien, así iba yo... Pero mi muy querida Madre, ¡oh qué bueno es nuestro Dios! Es verdad que permitió que en estas circunstancias mi naturaleza se resintiese algo por mis pobres hijitos; pero sin embargo, mi corazón estaba tan lleno de paz y alegría, que no atreviéndome á cantar materialmente, por decencia, cantaba mentalmente. Una buena aldeana me recibió cuando mi madre me echó de este modo, y me prestó dos cofias suyas, con las que hice unas gorras de noche para mis hijos. Me cedió su cama, donde acosté á mis cuatro niños, y en cuanto á mí, tenía tantas cosas que